



SECCIÓN CULTURAL / Cultural Section

EL LENGUAJE DE LOS HUESOS. LOS RESTOS DE SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Osvaldo F. Sánchez

Cátedra de Filosofía e Historia de la Medicina. U.A.I. Sede Rosario.

Los inescrutables designios del Señor motivaron que un minúsculo pueblo de provincias, San Miguel de Nepantía, ubicada a 60 kilómetros de Ciudad de México, fuera cuna, el 12 de noviembre de 1651, de una de las glorias de las letras americanas y del mundo entero. Ese día, el modesto villorio escuchó, absorto, los primeros vagidos de una niña que con el correr de los años y durante su corta vida terrenal asombraría a sus contemporáneos, para luego vencer a la muerte por medio de sus obras.

Sor Juana Inés de la Cruz, a la temprana edad de tres años, aprendió a leer, y a los ocho escribía sus primeras poesías. En poco tiempo adquirió conocimientos de latín. La universidad rechazó su matriculación por su condición de mujer. A raíz de ello fue admitida en la corte del virrey de México. Con posterioridad ingresó en un convento de la orden de San Jerónimo.

El ambiente reposado y propicio del convento le permitió dar inicio a su fecundo camino en las letras que interrumpió cruelmente la muerte en 1695. La facilidad para abordar temas líricos valiéndose de décimas, redondillas y romances, le concedieron gran predicamento. Sus obras, recopiladas en tres tomos, se publicaron en 1689, 1691 y 1700. En el género dramático, aparte los tres autos sacramentales (influidos por Calderón) el "Divino Narciso", "San Hermenegildo" y el "Cetro de

José", destacan sus comedias "Los empeños de una casa" y "Amor es más laberinto", que tienen intención autobiográfica.

A su muerte, los restos mortales fueron sepultados en Ciudad de México en el convento de San Jerónimo, ubicado en el centro de aquélla. El edificio, sometido a partir de 1964 a trabajos de restauración por daños importantes que sufriera luego de la revolución de 1910, fue el centro de interés de los arqueólogos.

Ante la certeza que poseían los expertos de que los restos de la exquisita poeta descansaban en el lugar, se iniciaron en 1975 las tareas para encontrar los mismos. Dicha labor insumió tres años. En efecto, en 1978, en uno de los túneles del edificio se descubrieron numerosos ataúdes, entre los cuales destacaba uno de ébano que por los adornos que lo revestían indicaban el alto rango de la persona fallecida. Los arqueólogos, que calificaron el hallazgo como de un valor incalculable, creyeron fundadamente que eran los restos mortales de Sor Juana Inés de la Cruz.

La situación no se canceló con la opinión de los expertos en arqueología.

Una inquietud afloró con el tiempo: la necesidad de ratificar con rotundidad la autenticidad de los restos de una persona fallecida en 1695, año en que sor Juana Inés de la Cruz ingresó en la historia de la humanidad mer-

ced a su exquisita actividad como escritora y poetisa.

Con los avances generados en biología molecular y la aparición consiguiente de tecnología adecuada se obtuvo una poderosa herramienta de investigación sobre los huesos antiguos.

A todo esto el examen antropométrico de los restos óseos hallados en las tareas de restauración antes mencionadas indicó que –en vida– Sor Juana Inés de la Cruz alcanzó una estatura de 1,53 metro, portaba una con-textura pequeña y poseía rasgos sutiles.

Para desbrozar el camino de dificultades, la comunidad científica mexicana plasmó una vía de abordaje –categórica, podría afirmarse– tendiente a confirmar que los restos óseos encontrados corresponden a Sor Juana Inés de la Cruz.

Los expertos propusieron la obtención del ADN mitocondrial obrante en los huesos de Sor Juana Inés de la Cruz. Una vez estudiado se lo comparó con el ADN mitocondrial extraído de dos actuales descendientes de Josefa María Ramírez, hermana de la poetisa.

Por otra parte, puede agregarse que la indagación concretada en los huesos indicó que Sor Juana Inés de la Cruz no padeció ni artritis ni osteoporosis.

Un resumen de lo expuesto con anterioridad, en especial la vía molecular en los res-

tos de la eximia poetisa, permite conocer los tramos recorridos para llevar a feliz término la investigación en curso. Por aplicación de estudios genealógicos se determinó que sus padres fueron de nacionalidad española, desechando una posible ascendencia indígena. Utilizando los mismos cánones genealógicos se pudo localizar a los descendientes de su hermana María Josefa Ramírez. De dichos descendientes se obtuvieron secuencias de ADN mitocondrial que de inmediato fueron sometidas a análisis.

En relación al estudio de ADN mitocondrial de los descendientes de la hermana de Sor Juana Inés de la Cruz, el mismo está concluido hace tiempo pero los expertos, con prudencia suma –en consideración a la jerarquía de la poetisa– han resguardado el resultado y esperarán la confirmación que emerja del ADN mitocondrial de los restos óseos de la progenitora de una gloria de la literatura de todos los tiempos. Acotemos que hasta la fecha y pese a la búsqueda pertinente en orden de los antecedentes, no se tienen noticias de la exhumación de los restos que corresponden a la Madre de Sor Juana Inés de la Cruz.

En otro orden, es indudable que lo único asertivo está plasmado –hasta ahora– en la opinión de los peritos en arqueología y antropología, muy respetable por cierto pero insuficiente para las metas deseadas.